



LEONIDAS PLAZA GUTIERREZ.

Entre los jóvenes guerreros del Ecuador, es el General Plaza Gutiérrez quien tiene más tramada historia militar fuera de su patria, pues ha intervenido en las revoluciones de Colombia, del Salvador y Nicaragua, y ocupado puestos importantes en la milicia de Costa Rica.

Los últimos hechos de armas en el centro, de los cuales es el héroe, llaman la atención general sobre este ciudadano.



Su familia es colombiana. Su padre un distinguido radical, que en aquel país fué llamado á posiciones oficiales honrosísimas, como la de procurador de la República, cima luminosa de la Jurisprudencia en otro tiempo feliz para Colombia, desde donde se proclamaba tan alto la Justicia, y por voces tan elocuentes, que sus fallos eran atendidos y consultados en la América latina.

Su madre es de la estirpe procera, de los iniciadores del movimiento emancipador de 1810; vástago del tribuno Gutiérrez, de los que firmaron el acta de la Independencia, y fueron á consagrarla en el patíbulo y la escarpia, dándole á la Revolución la inmortalidad de la sangre, que aún pasea las ideas redentoras por la posteridad en una ola de fuego.

La aleurnia democrática, que es la legitimidad de la sangre en nuestros pueblos, fué, pues, la dote moral de Leonidas Plaza Gutiérrez.

Casi niño se alistó en fuerzas de Esmeraldas, que comandaba el Coronel Manuel A. Franco, como abanderado de un cuerpo (1883). Nació á la milicia bajo el estandarte que debía conducir muchas veces al triunfo.

En la adolescencia apenas, le tocó la honra de mezclar su nombre al acontecimiento trascendental de Jaramijó, al lado del General Eloy Alfaro. Pobre es lo que se diga en elogio de ese gran sacrificio, cuando un grupo de valientes, en una embarcación como un esquife,—se atrevió contra el mar iritado, contra las sombras de la noche, contra fuerzas múltiples, sin auxilios posibles, en una como lucha de cetáceos; y vencedores al principio á fuerza de arrojo, acosados después por el número, encomendaron al fuego desencadenado y á los vórtices del mar la venganza de la libertad infortunada.

Preparándose á morir Alfaro sobre el buque incendiado por su orden, puso la diestra sobre el hombro de Plaza, como para precipitarse apoyado en un báculo vigoroso en el camino de lo desconocido. Quizolo de otro modo su fortuna, y salvos

el ilustre Jefe y su Ayudante, mereció éste el grado de Sargento Mayor sobre las ruinas de tantas esperanzas; y fué así como alumbró su primer galardón de militar combatiente, la antorcha sagrada del Alhajueta, cuando se consumía á las primeras horas de la aurora el 6 de Diciembre de 1884.



Los que sobrevivieron á la catástrofe de Jaramijó, emprendieron marcha á Tumaco, por parajes despoblados, en zona de fieras y de reptiles, acediados por el enemigo que los tenía de antemano condenados á muerte, ayunos de agua y de alimentos, mantenidos por la sola energía moral y alentados por el ejemplo del egregio Alfaro. ¡Días de peregrinación dolorosa, en que se juntaba á tantas penalidades el recuerdo de la infausta campaña; noches macilentas, visitadas por las sombras de los muertos en la lid, y por esa remembranza horrible y sublime del buque libertador incendiado y hundiéndose en las olas!

Llegaron por fin al suelo hospitalario de Tumaco, en donde Plaza había pasado su infancia, y de donde al cabo de algún tiempo se trasladó al istmo de Panamá.



En Colombia, como aquí, se lanzaron los radicales en la guerra contra el despotismo; Colombia y el Ecuador eran para Plaza una misma patria, por su abolengo, y porque sólo los espíritus ruines le trazan fronteras á la Libertad en nombre de los intereses de parroquia. Se entendió con los revolucionarios de Panamá el año de 1885, y malogrado el esfuerzo convenido, fué arrastrado á un cala-

bozo por los sayones de Rafael Nájuez y luego arrojado al extranjero.

*
* *

Tocó en la República del Salvador, cuando gobernaba allí el General Menéndez, hombre de singulares virtudes públicas. En breve conoció el valor intrínseco del proscrito y le ofreció un puesto distinguido en el ejército. A la muerte de este mandatario, tenida por envenenamiento, Plaza quiso oponerse á la inauguración del nuevo gobierno, pero no fué secundado, y se retiró al departamento de Santa Ana á ocuparse en otra clase de tareas. A la sazón el Salvador y Guatemala se hicieron la guerra, que fué favorable al Salvador. Plaza sirvió en las filas salvadoreñas; asistió á cruentas batallas; tomó iniciativa en la dirección de los combates, y se le considera imparcialmente, como uno de los primeros, si no el primero, de los Generales en la contienda. Alcanzó triunfos y honores en la tierra belicosa del Salvador, de que hizo un uso moderado. Recuérdase que no se mezcló en el fusilamiento de Rivas, que bien lo merecía por traidor á la patria; y que el actual presidente Gutiérrez le debe en parte la vida que iba á perder en el patíbulo ya levantado para el sacrificio.

Habría sido lo que hubiera querido, con el agradecimiento y protección del Gobierno, mas la independencia de su carácter le marcó otro derrotero, y fué extrañado del territorio por los hermanos Ézetas, quienes ya asomaban como hombres voluntariosos, soberbios y crueles.

Pasó á Nicavagua.

*
* *

Gobernaba allí el Dr. Sacasa, hombre de in-

guna habilidad política y desconceptuado como autoridad entre sus conterráneos. Vino la guerra con alguna confusión en los campamentos, pues liberales y conservadores se unieron contra el Presidente. Se libraron muchos combates, en los que Plaza quedó unas veces vencedor y otras vencido; al fin, preso en León, fué desterrado del país y pasó á establecerse en Costa Rica.

* * *

En medio de tales contratiempos, su mente y sus esfuerzos no se apartaban de la causa radical ecuatoriana. La fe de Alfaro en el triunfo era incommovible, era como una manía de su patriotismo, y contagiosa para su lugar teniente; de suerte que Plaza gozaba de las fruiciones del triunfo anticipado, por encima de los sucesos de la varia fortuna en el extranjero. Mantenía correspondencia activa con los radicales de Guayaquil, Manabí y Esmeraldas, principalmente, y si se habló de Alfaro entonces, en seguida se habló de Plaza, como el que conocía más las interioridades revolucionarias de aquel Jefe.

* * *

Se presentó por entonces una lucha eleccionaria muy vehemente en Costa Rica. Los partidos liberales allí, con distinto matiz cada uno, proclamaron candidatos diferentes para la Presidencia de la República, mientras que el partido conservador se agrupó en un haz con el nombre de la *Unión católica*. Ante la actitud de los ultramontanos, se hizo indispensable la fusión liberal, que convino en apoyar la candidatura de Rafael Iglesias. Enderezada así la lucha, se empeñó vivamente, y triunfó el candidato de los liberales coaligados.

Al fin Iglesias correspondió, ó no, á las esperanzas en él fundadas, cumplió, ó no, las promesas que hizo; pero todos los que conocen aquel país, saben que sin el apoyo de Plaza no se habría sostenido por mucho tiempo en el mando.

Hízolo Iglesias Comandante de plaza de la Provincia de Alhajuela.

Al iniciarse el movimiento patriótico contra los mercaderes de la Bandera, se puso en marcha para Guayaquil, de donde siguió á la campaña de la Sierra. Combatió en Gatazo en el flanco derecho; fué nombrado Comandante General de la sexta División en Riobamba; permaneció en el Interior algunos meses encargado de conservar el orden, y regresó después á la Costa.

El Jefe Supremo le destinó más tarde como Gobernador de la Provincia del Azuay, en días difíciles para Cuenca, en que eran necesarios valor, sagacidad y prudencia para evitar conflictos; con aquellas dotes, Plaza restableció la tranquilidad en la Provincia, se hizo querer de los hombres de buena voluntad, unió á los liberales fraccionados, decretó providencias enérgicas en favor de los indios y otras de no menos interés para aquellos pueblos y para la República. Tuvo nombradía de enérgico, prudente y justo.

En viaje á Manabí, donde están sus padres, lo alcanzó la última guerra.

Voló á prestar sus servicios. Solo, y por en medio del enemigo, atravesó el Chimborazo y se trasladó á Riobamba; allí formalizó el ejército inmediato, y combatió en Chambo, encargado por el General Alfaro de uno de los más difíciles movimientos en aquel campo.

El General le nombró Jefe de Operaciones de las Provincias del Centro.

*
* *

Cuando se creía que con el triunfo de Chambo y la marcha á Cuenca, el país entraría en relativa calma y podría reconstituírse mediante una Constituyente, los godos apellidaron á la guerra encarnizada, en connivencia con los clérigos, que son el primer resorte de los bandoleros. Hacia el Centro de la República pusieron su conato, bien para aislar á la Capital de sus recursos naturales de la Costa, bien porque en aquellas poblaciones tienen prosélitos numerosos, ó porque las posiciones naturales estaban probadas de antiguo. El General Plaza les salió al encuentro y triunfó de ellos. Véanse los siguientes telegramas del campamento.

Quito, 18 de Agosto de 1896.

Telegrama recibido de Ambato el día 18.

Sr. General Franco:

Comunico á Ud. el espléndido triunfo obtenido el día de ayer sobre las fuerzas del montonero Folleco, cinco horas de desigual combate habrán pro-

bado á los facciosos que nada pueden contra las fuerzas liberales en campo leal.

El combate se inició con la columna "24 de Mayo" á la que logró el enemigo desalojar de sus posiciones, coronando las alturas que dominaban el camino por donde abanzaba yo con 100 hombres del Batallón 3º de línea y unos 20 del "Escuadrón Boliche". En estas difíciles circunstancias se restableció el combate y sólo el arrojo de nuestros soldados y el porte distinguido de los Coroneles Flavio E. Alfaro y Ramón Valdez Vergara ha podido vencer en esta acción de armas que empezó con el desastre de la valerosa columna del "24 de Mayo" y que continuó con ventajas de todo género para el enemigo. Este huyó en todas direcciones, hacia los páramos dejando muchos muertos y algunas armas.

Su amigo.—*L. Plaza G.*

Quito, Agosto 18 de 1896.

Telegrama de Ambato, recibido en Quito, á 18 de Agosto de 1896.

Consejo de Ministros y General Franco.

Confirmando mi telegrama de esta mañana escrito sobre el mismo campo del combate. La derrota del enemigo en Santo Domingo ha sido completa y sangrienta: han dejado en nuestro poder prisioneros, heridos, armas y municiones; y hemos rescatado á nuestros amigos prisioneros en el combate de Latacunga. El enemigo contaba con 300 hombres. Siguiendo el plan de persecución que me he trasado levanté hoy el campo de la hacienda de Santo Do-

mingo para no dar reposo á los dispersos; acabo de llegar á esta población y después de 15 minutos sigo á Patate é iré hasta el infierno para concluir con Folieco y devolver la paz á la República. ¡Viva el partido Radical!

Dios y Libertad.—*L. Plaza G.*

Quito, 20 de Agosto de 1896.

Telegrama de Ambato recibido en Quito, á 19 de Agosto de 1896.

Sres. del Consejo de Ministros y General Franco.

El Sr. Gral. L. Plaza G. acaba de expedir la circular siguiente:

Patate, 19 de Agosto de 1896.

Los hasta hoy inexpugnables desfiladeros de Patate, han visto entrar triunfante entre el humo, el fuego y la muerte á la bandera roja del radicalismo.

Después de cuatro horas de reñido combate teniendo que forzar puentes y desfiladeros, hemos triunfado sobre doscientos curuchupas que estaban reforzados por todo este pueblo que hemos econtra-do desierto.

Felicito al país por esta nueva victoria que con las de Guapante y Santo Domingo, aseguran resguardo de la paz en el centro de la República.

Dios y Libertad.—*L. Plaza G.*

Lo que comunico á Ud. para su conocimiento y fines consiguientes.

Su amigo.—*Gobernador.*

Telegrama de Pelileo.

Recibido en Quito, el 20 de Agosto de 1896.

Sres. Ministros Gobernador y Comandante de Armas.

El enemigo en su precipitada fuga nos ha dejado 19 prisioneros, muchas armas y caballos. Al Cabecilla Costales lo llevaron antes del combate, en camilla, agravado de la herida que recibió en Latacunga porque en la derrota de Santo Domingo se vió precisado á montar á caballo para no caer prisionero. Los clérigos que huyen á los primeros disparos, son los responsables de tanta sangre derramada, porque abusan del candor de la gente sencilla para lanzarlos en la criminal revuelta, con pretexto de defender una religión que tienen ellos infamada con sus vicios y crímenes. Cinco de estos fariseos acompañan á Folleco en su injustificable rebelión y son los verdugos de los desgraciados radicales que caen en sus manos. A nuestros amigos prisioneros en Latacunga y rescatados en el combate de Santo Domingo, los sometieron á toda clase de tormentos. Las columnas Tungurahua y 24 de Mayo que estaban en Pelileo y han recibido órdenes para seguir á Baños en persecución de Folleco.

Dios y Libertad.—*L. Plaza G.*

Telegrama de Pelileo recibido en Quito, el 21 de Agosto de 1896.

Sr. General Franco.

Acabe de ocupar Baños sin resistencia ninguna porque anoche se disolvió la fuerza enemiga á la voz de "sálvese quien pueda". Como tenemos urgente necesidad de asegurar la paz para que la Convención Nacional se reúna sin obstáculo y reconstituir el país, he dispuesto ocupar militarmente estas guaridas; y en efecto el "Escuadrón Boliche" queda ocupando Patate y la Columna "Vengadores del Tungurahua" esta población. Chambo la ocupará la "Columna 24 de Mayo", y de esta manera quedará debelada la revolución clerical.

Su afectísimo compatriota.

L. Plaza G.

En estos telegramas asoma el revolucionario de ideas, que tiene la previsión de señalar las causas de la guerra sobre el mismo campo de batalla. Es lo justo, ya que adolecemos de una pereza intelectual que nos hace olvidar de la historia y de nosotros mismos. El soplo de guerra ha salido de las iglesias y de los conventos para animar á los guerrilleros que comparecen en la lucha, y si á ello se ha mezclado otro esfuerzo, es comanditario con el de los clérigos y de ninguna manera superior al de éstos. Se comprende así, porque el elemento clerical es la base del partido conservador, su parte más irritable y la que lo arriesga todo en este gran juicio entre la República verdadera y la Curia Romana. Siempre precedieron los clérigos de igual

modo en nuestras guerras civiles: ni una palabra de sus labios en favor de la paz, sumisión mentida al Poder, desdenes por los agasajos públicos, y en medio del achicamiento estudiado, un verdadero trabajo de carbonarios para minar nuestras conquistas. Después se agazapan en sus agujeros á ver morir á los ciudadanos, persuadidos de que si triunfan las turbas fanáticas, ellos quedarán á la cabeza, y si la victoria favorece á los radicales, los cobijará el perdón y el olvido. Si toman el fusil es "para huír á los primeros disparos", como dice el Gral. Plaza, pues no hay calzones debajo del abominable sayal.

Entendemos que les ha llegado ya la hora de rezar á su vez el credo; ó de arreglar por lo menos sus bártulos para la peregrinación al extranjero, que tantas veces impusieron á los radicales. Ahora no está de Dios, sino de la República, que se cumpla la ley del más fuerte.



Los perseguiré hasta los infiernos. La bandera roja del radicalismo. . . . estas sí son frases: salen de la boca de los fusiles y las aplauden los cañones: tienen olor de barricada, y semeja esa *bandera roja* una ancha herida abierta en las montañas de Patate, por donde el pasado vierte sangre á borbotones. No es el silabeo oportunista y miedoso: es el lenguaje de la Revolución, que tiene cláusulas ardientes y tremendas onomatopeyas.



Apasionado por sus amigos y dentro de la más estricta disciplina política, conserva Plaza, sin embargo, la independendencia de su propio criterio, que le hace juzgar de un modo personal los aconteci-

mientos y los hombres. Esto le honra, pues es necesario ensanchar la distancia entre el ciudadano deliberante y el feligrés estúpido, y no hacer de los sesos un unto cuando ellos están destinados á producir el pensamiento. Se nota en él alguna anomalía en las proporciones en que toma la libertad y la autoridad, porque radical, es decir partidario de la expansión en todas las manifestaciones de la vida, gusta de que el poder público esté rodeado de fuerza y de procedimientos sumarios; con lo cual muchos están de acuerdo, si se trata de pueblos noveles en que hay que demoler lo establecido y suplir con el impulso oficial lo que falta de iniciativa para el mejoramiento en el individuo y en la colectividad. La dificultad consiste en emplear bien la fuerza, que es el vapor de las agrupaciones humanas.

Habla mucho por un hombre la intensidad de sus afectos, sean ellos cuales fuesen. En el yermo del corazón sólo medran pasiones mezquinas, y el que se despoja, por cualquier motivo, del placer de amar mucho, toma la vida por el lado áspero y negativo. En la intimidad, apartado de la lucha, Plaza ó Placita, como sus íntimos le llaman, se abandona á los afectos de la familia y de los amigos con tal interés que se le creería sólo capaz del recogimiento dulce y tranquilo. El militar que parte derecho sobre el enemigo en las cargas de metralla; el funcionario inflexible y severo, es en la vida social la corrección misma; en el hogar, la dulzura y la alegría, y en la intimidad de los que le quieren, el más jovial de los camaradas. Su juventud se manifiesta con tal estrépito, fluye tan deveras de su interior el gozo, que desaparecen entre la cultura de modales y la conversación llana y sabro-

sa, su aire marcial y los bordados de su uniforme. Los que han gozado de su compañía en las negruras del destierro, no olvidan cómo se aligera el hastío con el trato de este amigo en el cambio leal de los afectos. Tiene formada una gran familia entre los que le conocen, por razón especial de la pulcritud y decencia mentales, que tanto encomienda Montalvo.

Cansancio, desaliento y tristeza infundían los liberales oportunistas que quisieron echar el ancla de la revolución después de la guerra del 95; los que trataban á los radicales en los diarios como hijos descastados de la patria. Vióse á una parte de la juventud perpleja en su camino, porque la empujaba con violencia la sangre nueva hácia otros rumbos, y la mantenía en la coyunda de la tradición el faláz consejo de los augures. Los *ocasionales* no se cuidaban de la averiguación histórica y desconocían por ende el carácter de los conservadores, perverso en todas partes. “Todo está concluido; venga un abrazo”, era la razón potísima de los epicenos que querían tapar, con el ancho de periódicos como *El Tiempo de Guayaquil*, la sangre de los combates recientes. De esa propoganda surgió una política errrada, y de ésta la guerra nuevamente, que ha traído al cabo una experiencia insospechable, aún para los más tímidos coopartidarios que sean sinceros. No está de parte nuestra cambiar la naturaleza de las cosas, y si ya están deslindados los partidos á fuego y sangre, es un imbécil ó un bribón el que no se orienta á primera vista; y por tanto, la juventud llamada á la palestra ha de ser radical sin ningún equívoco. De la nueva generación conservadora no se habla, porque pechrépita en su lozanía, es lo viejo retocado, ó

como una mascarilla alegre sobre la faz de un leproso.

Plaza es uno de los que representan mejor la nueva época batalladora que se inicia, y que necesita de la juventud audáz y persuadida para llenarse de flores y fruto. Ni comprendemos que haya otro estímulo aquí que el triunfo de la verdad, para los que como él empuñan un acero sin fijarse en las comodidades del presupuesto. De valor, de convicciones hondas, de virtudes, de conocimiento de la vida, tiene, pues, lo necesario para ir muy lejos, sin andarse por el atajo en que tanto mérito real se inutiliza. De nó, moro al agua! aunque se encumbre, que no pasará de ser entonces un globo bien alto. por falta de lastre.

La juventud radical debe construir casa nueva para dejar correr sus años por que el alberje clerical que ha heredado la contamina de achaques incurables. Lo que está á la vista, puesto por nuestros enemigos, ha de ser destruído ó purificado para que no queden las reformas como parásitas de un tronco podrido. ¿Cómo se realizará esto? Reuniéndose la juventud en legión; suscribiendo un programa que le sea común; haciendo valer las ideas por la espada, por la palabra y la pluma; inundando de fértil riego las cátedras de enseñanza; alargando la mano á los desheredados; pulverizando las cadenas de los indios y devolviéndoles su fortuna; y principalmente, haciendo tabla rasa del clero que no jure sobre la corona ser esclavo de la democracia roja.

El vencedor en Químiag, Guapante, Santo Domingo y Patate, sienta la impresión constante de la mano de Alfaro en Jaramijó sobre el hombro donde está su charretera de General; y tenga presente, como una lámpara vigilante para sus convicciones, la antorcha sagrada del Alhajuela que se consumía aquella mañana del 6 de Diciembre de 1884, sobre las olas del mar, á las primeras luces de la aurora.

Quito. 22 de Agosto de 1896.

